ALGUNAS MUESTRAS DE TEXTOS PARA SALOMAS

I.–Canto de salinero.–

Me tienen en agonía
los ojos de esa morena;
ay hombe! morena, ay hombe!
ah malhaya! quién pudiera![1]
Yo con mi rodo[2] en la mano
la vida me sé ganar,
aunque no trabajo mucho
todo lo sé realizar.
Cuando el aguaje ya viene
agua tengo pa coger,
mucha sal voy a sacar
y plata voy a tener.
Mañana empiezo a limpiar
los tercios[3] de cabecera,
y las orillas de afuera
yo las voy a trabajar.
Allá pasa la morena
que va bajando a la mar,
por la orilla de la albina
yo la voy a enamorar.

(1) No ha de extrañarse encontrar en los textos de cualquier saloma de trabajo, coplas de tipo galante, según queda indicado en el estudio respectivo.

(2) Rastrillo salinero.

(3) Canales principales de las salinas.

II.—Faena de Molienda.

Dende[1] que raya la aurora
y cantan los pajaritos,
arranco a meter la caña
y da vuelta el trapichito.
Dende que raya la aurora
y la luna palidece
en el valle que florece
la neblina se evapora.

Muele, muele caballito,
antes de salir el sol;
la morena que yo quiero
me está matando de amor.

Jala, jala[2] caballito!
que ya estamos acabando;
te tengo lleno el borsico[3]
y el cogollo[4] está esperando.

III.—De Caminante.

Qué sabroso es caminar
por sierras del Canajagua
gozar de sus lindas aguas
y del canto del turpial.

El que no tiene un rincón
no sabe de sentimiento:
como las hojas del viento
no tiene una dirección.

(1) Por desde.

(2) Por hala del verbo halar.

(3) Bolsa en que se le da maíz a la bestia.

(4) Cogollo de la caña, pasto favorito en el verano.

Dejé mi tierra por ver
el mundo de otra manera;
no dejaré más mi tierra
si yo volviera a nacer.

Camino, viejo camino,
camino del alma mía,
dejé tus flores un día
hoy vengo a tí, peregrino.

Al que tiene su mamita
nunca le falta una idea,
porque tiene quien lo vea
de tarde y de mañanita.

Un veintiuno de mañana
de mil novecientos dos,
conocí las colombianas.

Aquí paso con dolor
por saber si es cosa cierta
óyeme si estás despierta
y puedo esperar tu amor.

I.V—De Amores o Requiebros.

Mañana voy a morir
mi bien si Ud. no lo cura.
hecha está la sepultura
ya me vengo a despedir.

Saliendo a la calle un día
la vi por felicidad;
parecía una Majestad
que de la iglesia salía.

Amada prenda querida
dígame si Ud. me quiere,
que aunque muerto yo estuviere
la amaré como hoy en vida.

María quítate esas flores,
nunca más te las pongai:
cada vez que te las pones
muertecito me dejai.

Oye luz encantadora
se va tu amante rendido
a llorar su desventura
por las tierras del olvido.

No perderé la esperanza
mientras yo exista en el mundo,
que en el candil(1) más profundo
la soga más corta alcanza.

Esta noche es mi partida
para volver no sé cuándo;
en tí viviré pensando
mientras me dure la vida.

Hoy con el alma partida
amante me voy de aquí
no sé qué será de mí
si va sangrando la herida.

Nota: En las salomas de fiesta los textos apropiados son los galantes y de requiebros. En la vigorosa faena de la socuela no hemos encontrado coplas alusivas y hemos visto que se cantan amorosos o las de reflesión, tan comunes en el decimero panameño. En ningún caso se estilan con las pugnaces o zahirientes, como en las cantaderas.

(1) Honduras ancha y profunda.

— Tambor y Socavón —.

LA BANDERA DE LA PATRIA: COMPROMISO CIVICO...

Por JOSE ISAAC FABREGA

Honorable Presidente del Consejo Municipal; Honorables Munícipes; Distinguidos Miembros de la familia Amador;
Señores:

Celébrase hoy el centenario del natalicio de don Manuel E. Amador, un panameño preclaro, de concepciones felices y ejecuciones adecuadas, quien, plasmando en las interioridades de su espíritu y luego sobre una hoja de papel un magnífico símbolo dicente, nos entregó, con intención de eternidad, la bandera de la República.

Tener aquí presente ahora, en el recuerdo admirativo, a don Manuel Amador, es tener, por asociación clara y directa, a su creación majestuosa, o sea al emblema. Y el afianzar ahora en nuestras mentes la realidad, las formas, los colores de la enseña, es la manera natural y podría decirse lógica, de rendir nuestro tributo al hacedor meritísimo. Y por ello, precisamente, yo quie-

ro decir aquí ahora, en esta Casa Municipal ya prestigiada por la Historia, que ese legado que nos dió el ínclito Amador a los impulsos de inspiración trascendente, no debe seguir siendo únicamente, como lo ha sido hasta ahora de una manera general, elemento rutinario del desfile estudiantil; ornamento de fachada en el edificio nacional; prenda que va con la alegre cabalgata como elemento tradicional, vistosamente colorido, en los festejos colectivos. La enseña de nuestra patria puede ser, y ello se explica, acostumbrada nota de alegría o forma de solemnidad indispensable para los actos oficiales.

Un sentido halagador de nuestro emblema

Pero la bandera de la patria no fue ideada por don Manuel Amador, el muy venerado artífice, especialmente para esos menesteres restringidos en que se hace necesario una nota de gravedad o un toque de lo risueño. Esa enseña nacional, con sus cuatro cuadriláteros y sus estrellas en azul y rojo, se identifica con la patria. La bandera va pasando por los espacios de la patria. Pero, ante todo, la patria está en esa bandera en la forma de una síntesis. Y por ser ello de tal suerte, debo expresar esta noche que la patria es halago y atractivo. Pero es también, y especialmente, compromiso cívico. La patria es el privilegio de poseer nuestro huerto y de andar cotidianamente por las veredas preferidas. Y de abrir nuestro suelo promisor con la ilusión de la cosecha. Y de ver, agradablemente, cómo corren las aguas espumantes por el riachuelo cercano a la heredad centenaria. Y de amar apasionadamente a la mujer preferida en la ciudad o el caserío lugareño. Y de ver amorosamente, con unos ojos de emoción, cómo va creciendo el hijo a la manera de la espiga recta. y de tararear la canción vieja cuyos ecos se van perdiendo por nuestros ámbitos dilectos. Y de contemplar el árbol secular con cuyas ramas fue fabricada nuestra cuna. Y de observar también al otro árbol aquel, surgente apenas, que ofrecerá un día la madera para formar la cruz como un signo piadoso en nuestra tumba. Pero esto es lo sentimental y lo sencillo que hay en la patria representada en la

bandera de don Manuel Amador, el panameño augusto. Esta es la patria de querencia tierna que cantó Ricardo Miró en aquellos sus perennes alejandrinos nostálgicos.

La Patria: Imperativo Cívico

Junto a esa patria delicada, y podría decirse sedante, o más bien quizás llamarse suave, existe el complemento inexorable de la patria dura o recia que necesita y que reclama. Y cuando flamea frente a nosotros la bandera que Amador nos entregó con una racha de inspiración que movió espíritu y mano, no está en ella solamente la generosa patria fácil sino también, en unidad, la que exige con exigencia perentoria. La patria da, pero ella pide. Y no ello en un sistema mercantil de trueque sórdido. Sino, por razón muy explicable, de compensaciones justicieras que podrían simplificarse en esta fórmula: "Para seguir dándote mi vida, yo, esta tu patria en que naciste, necesito imprescindiblemente que tú alientes y fortifiques a esa vida!". Y este último mensaje del emblema de Amador, que nos viene entre los pliegues y el ondear de nuestro lienzo desde hace más de seis decenios, es el que en nutridas ocasiones no hemos sabido recibir, o no hemos querido recibir, esquivándonos y escurriéndonos con gitanadas frecuentes.

La patria es suelo. Pero ante todo es hombres que moran sobre la costra de ese suelo. Es decir, que la patria es materia física, pero ante todo es espíritu. Y la actitud, más la aptitud, del espíritu de esos hijos de la patria, es lo que ofrece a ella su decoro; su prestigio; su progreso; su seguridad para evitar sacudimientos y caos, en cancelaciones abruptas. Y esto es lo que no hemos entendido, o no deseamos entender, o no podemos entender aun, los no pocos que contamos solo con la patria como elemento que nos fue donado para recreos y prebendas. En los primeros tiempos de República, había más comprensión de la verdad que es esa Patria. Pero después, salvo en el caso de varones nobles y de lapsos gratos que se deben mencionar con honradez categórica, el recibir y el no entregar, el apropiarnos del goce con exclusión del

sacrificio, han sido calladamente, para muchos, nuestro lema acomodaticio y nuestro porte funesto.

Ausencia de Plan Auténtico

Pese a la preparación intelectual de no pocas unidades panameñas, raras veces nos hemos trazado un plan gubernamental abarcador , con un sistema de prioridades adecuadas que vayan desde el problema de más urgencia al que se puede postergar temporalmente. Un plan que vaya recorriendo intensamente de la ciudad a las aldeas. Un plan que sea preocupación en lo atinente a la salud del labrador y al mismo tiempo, al bienestar completo del obrero en las empresas de la industria. Un plan que corra sin ninguna intermitencia desde el relleno de la charca donde amenazan los insectos mensajeros de enfermedades trasmisibles, al sistema de regadío que infunda fertilidad, y dé el milagro de la siembra en pardas regiones secas. No hemos hecho labor para los más. Hemos tenido una cazurra y egoísta reducción de números. No ha sido ello nota permanente. Pero sí ha sido, y bien se sabe, de una creciente frecuencia. En la escuela, por ejemplo –y yo he sido Ministro de este ramo, y yo soy de los culpables– no hemos querido darnos cuenta de que la Educación es unidad eslabonada que parte severamente desde las aulas campesinas. Y de que sigue rigurosamente con una rígida y metódica enseñanza secundaria. Y se enlaza, armónicamente, con la Universidad, en que a lo especial de la profesión se adicionan, desde el humanismo progresivamente acumulado en los años de anterior aprendizaje, a la esmerada investigación nutricia de nuestro acervo cultural istmeño. He conocido, por rareza, en nuestros montes, algunos mozos con la práctica preparación indispensable para bregar victoriosamente por la vida. He tenido en la Universidad alumnos sobresalientes que son hoy prez de la República. Pero afirmo que, muchas veces, quienes se hallan en capacidad de realizarlo, o podemos, como yo, proporcionar siquiera su modesto aporte para esa realización, no hemos fraguado aún totalmente en las escuelas nacionales al hombre en su plenitud, con la conciencia de su ser moral

y su intangible dignidad, armado intelectualmente y con un sentido real para luchar en la existencia y ser aporte de creaciones redentoras, en vez de un desesperado, amargado y cabizbajo en su derrota y desaliento, frente a un muro de imposibles. Lo que digo no es una crítica a todo lo que se ha hecho en el pretérito. Lo que digo es la visión de mis ojos y mi espíritu retrospectivamente radicados sobre sección no pequeña en la extensión de lo que ha sido. Y he citado a la educación como un ejemplo, a manera de demostración de que hemos sido fragmentarios en la vida pública. Porque lanzarnos a lo angular es evitar el esfuerzo. E ir a retazos significa o incapacidad, o irresponsabilidad y pereza. Con una exagerada profusión de diplomas, y de fotografías sobre actos oficiales, disimulamos nuestra abulia frente a la obligación del actuar totalmente abarcador en beneficio público. Pero ni diplomas ni fotografías son en sí mismos, o por sí, exclusivamente, aportes a la patria panameña. Y ni en los unos ni en las otras hay un real homenaje a la bandera.

El Derroche

De mil novecientos tres hasta el pesente el presupuesto nacional ha sumado bastante más de mil millones de balboas. Y con el acervo económico de entidades estatales autónomas o semi-autónomas, el citado presupuesto asciende casi exactamente a dos mil millones líquidos. ¿Qué se hicieron los dos mil millones repartidos con desgreño, cuando no ha sido con malicia? ¿Se ha construido para el país, se ha adelantado para este país, entre mano de obra y material y en los servicios públicos de resultados apreciables, lo concerniente a esa suma? No pocas veces las entradas correspondientes al erario público han sido manejadas con pulcritud absoluta y con felices aciertos. Mas, pese a tales paréntesis habidos, de limpieza moral y de creación fecunda, yo expreso ante vosotros con vehemencia: Cuando pasa frente a nosotros la bandera que creó Manuel Amador con un impulso genial, no sigamos imaginando que ella nos dice cariñosamente: "Qué amor y qué

gratitud siente para vosotros la patria que simbolizo!" Acercándonos a la realidad cruda y honesta, pensemos que la bandera nos expresa sin rodeos, con el ondear de su lienzo: "La patria ha sido defraudada. Y yo lo expreso a nombre de ella, por ser su tesis y símbolo! Y como símbolo y síntesis os pregunta, panameños!, si ese derroche, ya consciente o inconsciente, continuará su método!". Sí. Eso diría nuestra bandera en severa interrogación y no con desbordes amables. Nó. No interpretemos habilidosamente su decir para nosotros de una manera distinta.

Los partidos políticos

Ya he expresado, y es bien sabido, que la patria no es sólo suelo sino también, y sobre todo, reunión de hombres asentados en sus predios. Tales hombres constituyen la gran familia de la patria. Y en la familia de la patria es imposible, humanamente, que existan unidad de pensamiento y sentimiento en lo social, en lo económico y político. Las diferentes inclinaciones sobre fórmulas gubernamentales para una patria dichosa, conducen a la creación espontánea y necesaria de los partidos nacionales, pues, siempre hay una diferencia: Los distintos programas como método para actuar desde el Gobierno en mayor beneficio de la patria, y hay también, al mismo tiempo, por razón lógica, una común vinculación pese a tales normales diferencias: El anhelo de cada núcleo en el acierto de gobernar con su programa propio para que esa patria, muy amada, sea más feliz y más próspera. Pero no habían pasado muchos años desde el surgir de la República cuando ya nuestros partidos comenzaron a iniciar combinaciones con intereses equívocos. Y vinieron entonces los partidos nuevos. Y se juntaron unos y otros por conveniencias del momento. Y hubo lapsos de separaciones y rupturas por razones secundarias. Y vinieron los juegos y rejuegos, hasta el punto de que ya hemos alcanzado, con el tiempo, más o menos a una docena de partidos en la política vernácula, cada cual con un nombre llamativo, cada uno con sus dueños, cada uno con una sigla debidamente estudiada para imprimirla en la memoria pública como una hábil propa-

ganda. Esos partidos políticos –me refiero a muchos de esos que se han venido acumulando, multiplicando y transformando de manera rápida en unos cuantos decenios– raras veces han tenido algún ideal, algún destello de espíritu, algún motivo de superación en un anhelo especial relacionado con el bien de la República. Esos partidos han sido, frecuentemente, como una agrupación de beneficios mutuos o, más aún, como una sociedad anónima de simples fines lucrativos. Y salvo algunas excepciones, entre los cuadros que ellos forman para las luchas transitorias el factor aglutinante ha sido siempre un candidato presidencial, sea él quien sea, cuyos resortes pasajeros hagan propicio el lograr a toda costa las ventajas que se obtienen en las cumbres públicas.

Patria hecha hipódromo

Un pensador francés contemporáneo, profesor hoy de Ciencia Política en la Universidad de París, expresa en reciente libro sustancial que esos partidos de estas tierras, y de parte de Asia y de Africa, no han salido todavía de lo sombrío de la Prehistoria. Pero yo creo que los partidos panameños si han salido de la torpeza prehistórica. Ellos han sido –no digo todos– unas cómodas y bien dotadas asociaciones de elementos perspicaces que forman combinaciones entre sí, para enfrentarse astutamente a similares combinaciones adversas. Cada conjunto, –ya lo he dicho en otra frase– ensaya por lo común llegar hasta la victoria sin una idea fundamental relacionada con la patria. Ha habido en esos partidos de tipo personalista, atomizados más y más según cada conveniencia, la creencia más o menos arraigada en no muy pocos de que la política es el arte de triunfar, y de que quien anda en tal empeño, puede ir saltando sin rubores todos los obstáculos ya sea el legal o ya el ético. El Istmo ha sido así una cancha en que los ojos penetrantes han escogido frecuentemente su boleto para apostarlo a aquel equino con mayor promesa de resultar el ganador en la carrera. Y así el proceso democrático en que la patria debe ser meta decisiva, se ha tornado en una escena jamelga. ¿Y

esa patria? Es patria ha sido un hipódromo para el torneo de los equinos. ¿Y la bandera nacional? La bandera que trazó Amador en sus impulsos férvidos ha sido, en no escasas ocasiones, símbolo de ese hipódromo al cual hemos reducido indolentemente a la patria!.

Un cristianismo de rencores

Nuestra nación fue católica, y lo sigue siendo aún. Pero ese catolicismo ha venido perdiendo más y más su pura esencia cristiana. Encendemos nuestros cirios en los altareas de los templos. Y caminamos las procesiones por las calles y las plazas hasta llegar al cansancio por rendición de los músculos. Pero entre tanto en repetidas veces olvidamos al Señor del Tiberiades y del Sermón de la Montaña; y del Huerto de Getsemaní; y del Calvario que se erguía junto a los valles del Cedrón para perpetuarse luego como un signo de grandeza eterna en la mitad de los milenios. Y cumplimos el rito fácil y habitual dejando lo fundamental de la doctrina más severa y más profunda y más hermosa que se ha escuchado entre los hombres desde los tiempos del Génesis. Entre los signos de ese rito externo y ostentoso, odiamos sin misericordia, alimentamos resentimientos que ni fenecen ni declinan con el esmero cariñoso con el cual mimamos a nuestras plantas predilectas. Y aguardamos, a largo plazo, con los dientes apretados y mirada torva, la ocasión de la venganza negra con una esperanza tóxica, irónicamente opuesta a la esperanza divina que predicaba el Mesías. Y así ese cristianismo fácil, distinto al del perdón y al del olvido que enseñaba el Galileo con su voz de dulcedumbre, ha venido con los años, haciendo más numerosas y profundas las grietas sentimentales de la patria istmeña. Dentro de unos cuantos meses, al llegar las fiestas patrias para los días de Noviembre se harán los clásicos paseos con la bandera que trazó Amador como un hermoso brote férvido. Y cuando ella venga pasando, nosotros, los de esos odios cavernarios; nosotros estos cristianos que arrojaríamos a Jesús, si él viniera a nuestra tierra, como se arroja a inoportuno maníaco, doblegaremos la cabeza

frente a esa nuestra bandera traicionada con frecuencia diciéndonos a nosotros mismos como en fórmula vacía: "Ya me incliné respetuosamente ante la enseña nacional que iba flotando por las vías. Ya cumplí con mi deber de panameño!". Y seguiremos, no pocos, con el odio bárbaro. Y formaremos nuevas grietas anchurosas, aun cuando la patria se desmorone con estruendosa catástrofe y se hunda en ella nuestro emblema!.

Disminución y deformación de los valores humanos

Al pasar de los decenios y cada vez acentuando el mal, hemos venido confundiendo, o reemplazando, las escalas de los valores humanos. A la arrogancia del ignorante la denominan coraje. La picardía resulta hoy habilidad admirable. Pensamos –y lo pensamos no pocos– que la honradez consiste exclusivamente en no ponerse una máscara en las noches y en no abrir puertas ajenas con ganzúa. Y ya hemos olvidado muchas veces que la honradez total auténtica encierra múltiples facetas que van desde la lealtad a toda prueba hasta el cumplimiento inexorable de la palabra empeñada. Con una lamentable cobardía practicamos en precavido cuchicheo, cerca al hombre poderoso, la crítica del "sotto voce", para abrazar sonreídamente, a los minutos, a ese mismo potentado si él se acerca a nuestro círculo con su atuendo inconfundible de dispensador de favores. Para muchos la política –ya lo he dicho en otros términos– es un afán de trastienda. Y no pocos, en lo oficial, nos doblegamos con servilismo repugnante ante el sol que está naciendo, volvemos después tranquilamente las espaldas para siempre, cuando declina ese sol. Cuando antes desempeñar un cargo público significaba en nuestro medio nacional obligación insoslayable ante la patria y la conciencia, desde una época a esta parte –insisto en que hay no pocas excepciones– ese puesto oficial es un filón para tornarse rico en unos días con una especie de ambición desesperada y enferma. Pues ya no importa para nada el perder un nombre limpio si adquirimos, como pago, una hermosa mansión soberbia en que lue-

go recibiremos la admiración comunal. Y para ser un personaje, con derecho a los tributos del respeto ilímite, muchos tenemos como medida pobremente peculiar algún carruaje de último modelo y un traje de paño inglés originado en los talleres de Manchester. La sencillez de exposición es ausencia de saber. Y la petulancia en la expresión tiene carácter científico. La polémica elevada es producto fastidioso de contendores sin ímpetus. Y los insultos soeces, y hasta de frases hilvanadas sin reglas gramaticales, tiene hoy, para cierto público , sediento de truculencias, las condiciones de una atractiva lucha varonil. La caballerosidad indeclinable que practicaban antes los abuelos, se ha tornado, más y más, en cuantía de la ganancia adquirida. Abrigamos la malicia de que todas las cartas del jugar están marcadas, y nuestros dados cargados. Se ha destrozado la confianza mutua, y se empieza tristemente a no creer en nada ni en nadie. La cuestión, para no pocos, es el hacer dinero y más dinero como meta exclusiva de la vida. Para muchos, el brillo de las monedas se confunde con el brillo de la gloria ilustre. Y todo ello significa el comienzo del derrumbe de los valores espirituales que han hecho fuertes a las patrias a través de las centurias. Nuestra bandera tiene un asta. El asta se apoya siempre en un firme pedestal que, mucho más que de mármol, ha de estar constituído por el espíritu social. Pero, pobre bandera istmeña, ésta que hizo Manuel Amador con un destino manifiesto de firmeza y afianzamiento permanentes! No puede haber afianzamiento para el asta del emblema nacional, porque estamos en la pronunciada iniciación de una triste decadencia en el espíritu común, sano y fecundo, que ha de servir de pedestal!

La Niñez y la Esperanza

En los niños están las esperanzas patrias. Están ellas en los hogares en que surgen los retoños de los cuales deberíamos aguardar esperanzados el reemplazo halagador de las actuales generaciones que declinan. Pero el ser que va abriendo su espíritu incipiente a los cuadros de la vida es un constante receptor que almacena en las honduras inconscientes las realidades circundan-

tes. El ámbito hogareño entra en el niño. El párvulo, al parecer despreocupado, va absorbiendo insensiblemente lo que vé, lo que siente, lo que escucha entre los suyos, desde el nacer de las auroras hasta que en las primeras horas de la noche se echa al descanso de su cuna. Y cuando en la tónica familiar, como suele suceder ya con bastante frecuencia entre nosotros, está imperando diariamente la imagen groseramente inmoral del superhombre de Nietzsche, según la cual el aplastar y seguir hacia adelante sin detenerse ante ningún obstáculo es la fórmula completa para la vida perfecta, en aquel niño risueño, con el rostro de ángel, se está incubando peligrosamente el futuro ciudadano sin escrúpulos, para quien la talega rebosante de oro, venga el metal de donde venga, es el único sentido de la existencia humana y el exclusivo signo de victoria. Posiblemente ese infante esté inclinado, casualmente, sobre un trozo de papel, con una caja de lápices, dibujando risueñamente con su manecilla aún temblorosa, los cuadros y los luceros de la bandera panameña. Pero mientras él acá en el exterior está trazando nuestro emblema, adentro, entre los repliegues del alma aún en formación, se está engendrando lentamente el deformado ser espiritual que después constituirá otro elemento disolvente para la patria del mañana. Quien no quiera aceptar tal realidad, que es un retazo acrecentado poco a poco en los años en el devenir de la República, o está flotando en una nube o, mucho peor aún, está ya él personalmente sumergido en ese mismo tremedal que hemos venido formando lentamente en nuestra patria con nuestras repetidas actitudes ya torpes, ya desidiosas, ya un poco ajenas al escrúpulo.

El Retorno

¿Por qué hablo así en esta forma? Porque los tiempos que han sucedido poco a poco por un período acentuado no inspiran un alegre canto a la bandera, *sino una voz de contrición. ¿Crítico* con la pasión del amargado? Yo no soy un amargado, porque mucho me ha dado y me sigue dando *mi país, que nada me* ha debido nunca, y sin embargo me ha sido fuente de inmerecida

distinción contínua. No soy tampoco un predicador. No constituyo un ejemplo. No tengo misión de apóstol. Soy solamente un panameño que al recordar en estas horas especiales a don Manuel E. Amador, el autor de la bandera, se siente en el deber de repetir a tono recio, que repercuta en la República el clásico grito de Hamlet sobre las losas de Elsinor: "Ser o no ser es la cuestión!". Una vez fuimos. Una vez vivíamos todos llenos de esperanzas. Una vez en nuestra patria había un risueño porvenir. Y la mejor pleitesía a don Manuel Amador está, más que en el elogio a su obra de unas formas inmortales, en el propósito formal, al cual yo invito, de que un espíritu limpio sea nuestro próximo rumbo; de que dejemos rencores por una sólida unión de los hombres de alma recta que existen en nuestra tierra; de que borremos y corrijamos lospecados cometidos en la vida pública; de que nuestra conciencia se haga clara y nuestra senda sea exacta; de que tornemos en ascenso nuestro reciente descender contínuo; de que pensemos menos en nosotros mismos, pensando más en el país. Es hora ya de que empecemos a considerar de nuevo que en la vida de los hombres hay motivos superiores e idealistas que dan a esa vida más prestancia, sentido de mayor altura, y actuemos desprendidamente, despojados de egoismos y de cálculos, arraigando y fortaleciendo a la comunidad de la nación, impulsando cada cual sin mezquindades para obtener una mejor y más sólida República. Contamos aun con las reservas espirituales para hacerlo, pese a que esas reservas no están aflorando mucho todavía de modo pleno a la superficie de la patria. Echemos mano a esas reservas de una manera total con toda fé, sin vacilación y sin tardanzas. Y cuando llegue ese día –día que yo aguardo esperanzado– de la rectificación total, definitiva, se efectuará milagrosamente otro homenaje como una prolongación del de esta noche memorable. Pues, entonces, esa bandera panameña que en el ilustre compatriota fue creación y fue pasión, se agitará graciosamente en las ciudades y en los campos, en las avenidas y las rúas, en las llanuras y en las cumbres, orgullosa de ser el símbolo perfecto de una pujante y renaciente fuerza creadora nacional. Y podremos manifestar en ese día jocundamente; "Cumplimos ya con la

República. Hemos cumplido con Manuel E. Amador, en forma plena. Hemos honrado a este emblema de la patria en un completo cumplimiento de un muy sagrado y muy gozoso compromiso cívico. . .!"

25 de Marzo de 1969.

A TRES SIGLOS DEL DISCURSO

Por DIOGENES DE LA ROSA

LA TRAGEDIA es la misma y una la angustia que oprime nuestra conciencia. El hombre quiere saber qué es él y qué el mundo circundante. El universo, la vida, el pensamiento ¿tienen un sentido y un destino o carecen de toda dirección? ¿Podemos descifrar su huraño y evasivo secreto? ¿Somos incapaces de penetrarlo, aprehenderlo, señorearlo? En la búsqueda de una respuesta, de una certidumbre, de una evidencia, el hombre se arrastra, se empina, se remonta y al final de la peripecia le parece que ha estado recorriendo siempre el mismo camino. Del mundo a sí, de sí hacia el mundo. Llega a la realidad exterior, a la naturaleza la observa, la interroga, cree hallar algunas respuestas. Pero no le satisfacen porque se percata de que frente a la naturaleza, al mundo, al universo enorme, está su propio yo como otro problema infranqueable y entonces se decide a violar el misterio que defiende. Una y otra vez tienta una y otra empresa. ¿La tarea es vana? ¿La meta inasequible a nuestro anhelo? ¿El secreto no nos consiente más que la visión, la vislumbre de su faz? ¿Todo es un ir y

volver vitalicio y gratuito? ¿No se llega jamás a parte alguna porque no hay tampoco punto de partida? No. La ruta es la misma, ciertamente: del mundo al hombre y vuelta atrás. La necesidad, el anhelo, la voluntad que conduce al hombre, una misma también: saber, porque quien sabe, sabe vivir. Pero la senda no es un yermo donde no fructifica nada ni nada cosecha el hombre. No es un círculo inútil el que dibujan sus empeños, sino una sucesión de etapas en el camino hacia el conocimiento del mundo y de sí. Cada punto de llegada se convierte así en un punto de partida. Y cada vez parte a la aventura con una nueva certidumbre que le ilumina el camino de una nueva luz de esperanza. Veamos la luz que encendió Renato Descartes.

El mundo del hombre

DESCARTES es hombre de su tiempo. Ve en su tiempo no sólo –y no tanto– el mundo que es y deja de ser, sino el que nace y pugna por ser. Como tal hombre, cree que lo que va a ser debe ser y que es preciso trabajar porque lo sea. Renato Descartes, fijodalgo de Poitou, Señor de Perrón, advierte en una ilustre coyuntura de la historia. El Renacimiento y la Reforma habían apresurado la parcelación y disolución de un mundo que cuatro siglos antes aparentaba una solidez indemne: el mundo feudal y su culminación, la **República Christiana.** Ingredientes corrosivos habían venido minándolo, cada vez más tenaz e irresistiblemente, a partir del fondo de la decimatercia centuria. El feudalismo había sido, indudablemente, un mundo, una totalidad. El hombre, cada hombre, nacía con un puesto ya señalado en aquel aparato intocable, en cuya cúspide esplendía la Iglesia de Roma. El siglo estaba subordinado a la eternidad, el hombre a Dios y la autoridad divina delegada a la Iglesia. La teología era el saber supremo, servida por la filosofía, que era a la vez filosofía y ciencia.

Ese mundo no se derrumbó de repente ni miró indiferente las pretensiones y las tentativas de sus expugnadores. Al contrario. Los denunció, los combatió enérgicamente, los ajusticiò. Quiso aniquilarlos. Pero no pudo. Esos gestores del nuevo mundo –

oscuros y luminosos, tímidos y audaces, confusos y de una sorprendente claridad— traían y expresaban una nueva e irresistible fuerza de organización y progreso. Constituían una clase que, en el agro y en la urbe, se había diferenciado del seno del feudalismo. Poseían una riqueza móvil y subyugadora, que traspasaba los límites de los feudos y las ciudades, arrastraba y concentraba a los hombre y proclamaba su derecho a regir el mundo. El feudo y su sistema de usos e ideas estorbaba sus movimientos y había que aventarlo lejos. Cuando el hombre no ve su anhelo satisfecho inmediata y naturalmente, busca por la reflexión cómo saciarlo. El comerciante-empresario de fines de la Edad Media dedujo de su necesidad razones para vencer los obstáculos. Fuése creando un repertorio ideológico que, en su lucha contra las ideas imperantes, se organizó poco a poco en sistema. Su necesidad aparecía ante sus propios ojos como una necesidad natural y sus fines se sublimaron en su conciencia como fines mismos de la naturaleza. Pidió a la realidad externa la confirmación de sus presunciones. Su tenaz escrutinio quiso penetrarlo todo, porque cuando el hombre se dirige hacia la naturaleza se encuentra de inmediato ante un problema de totalidad. Pero la totalidad es a la vez una diversidad desde cuyas vertientes remontan los hombres hacia la cumbre. Un problema encadena otros y cada solución espeja los contornos de nuevas incógnitas. De este modo se cumple la promoción de las ciencias. El nuevo hombre que engendró el Medioevo, y que al emerger totalmente del seno matriz fue el hombre burgués, buscó en las ciencias y en la filosofía la justificación de sus postulaciones a la riqueza, al poder, a la dirección del mundo. Pero todo aquel mundo medieval le era dado. La filosofía --y con ella las ciencias— era la de la Escuela, la de la Iglesia, y su máxima autoridad Tomás de Aquino, discípulo, restaurador y continuador de Aristóteles. La Escuela había diseñado un contorno de Dios, del universo y del hombre que era inmune. El dogma lo custodiaba y tras el dogma el poder concreto de la cárcel, la hoguera o el hacha. Y sin embargo, el nuevo hombre del Medioevo trabajaba por desmontar aquel mundo incómodo y

hacerse uno a su medida. La filosofía y las ciencias ensayaban emanciparse de la tutela religiosa, abandonar las regiones ultramundanas y ahincarse en la nuda tierra. Pero no lograban purgarse totalmente de sus humores teológicos y adoptaban formas supersticiosas, místicas, herméticas y hechizantes. El proceso avanzaba dolorosa y confusamente y en medio de un estruendo de disputas, querellas, guerras. Ningún sistema económico social —inclusive la ideología que es un remate y ambiente— nace sin sangre ni ahorra la ajena para no morir. A pesar de todo, la filosofía y la ciencia seculares lograban ya por los siglos XV y XVI disponer los fundamentos de una nueva concepción y un mundo nuevo que lograrían definitiva contextura en el XVII y XVIII. El Renacimiento— y la Reforma como derivación renacentista —habían creado la atmósfera y las condiciones previas a este advenimiento. En esta inflexión histórica surge Descartes.

Acto de Conciencia

EN EL **Discurso Sobre el Método** nos ofrece Descartes nítido esquema de sí mismo y de las ideas madres de su concepción. No se podría, sin duda, aprehender toda la extensión de su pensamiento si dejásemos de buscar complemento en sus demás obras. Pero desde allí podemos otear el panorama de sus aciertos y sus falacias. Es porque el **Discurso** no es sólo una exposición filosófica más o menos helada y atmosférica. Es también, y esto le comunica sabor vital, inextinguible calor humano, el testimonio de un hombre trizado de ilusiones y anhelos. Bajo la uniformidad de su razonar medido y ecuánime, alienta, hierve la pasión de un hombre que vivió su época. Es la confesión de un hijo de ese impetuoso y zahorí siglo XVII. Habla un filósofo que es un sabio y un sabio que es un hombre. El lenguaje es sobrio, precavido, tasado. Reiterado en ocasiones y otras simplemente alusivo. Pero el hombre dice, si no todo lo que cree, por lo menos todo lo que encuentra necesario decir ya que, después de muchas cavilaciones, se decidió a hablar. Siguiendo atentamente su pensamiento, se ve que la obra es la expresión breve pero intensa de una

vida. No es sólo una experiencia mental, metafísica, sino una dramática aventura, una aguda peripecia lo que allí se relata. Descartes no se limita a postular las reglas del método que le guía en sus investigaciones. Nos da, junto con la exposición de algunos resultados adquiridos, su biografía espiritual. Las preocupaciones que desde temprano pueblan su mente. El desencanto y las dudas respecto a la validez de la enseñanza que recibió en el colegio y le dieron los libros. Sus andanzas y sus estudios. Las certidumbres que obtuvo investigando por sí mismo. El hombre describe su conciencia y el sabio expone sus conocimientos y concepciones. Este testimonio y esta exposición operaron en su época los efectos de una revolución en el ámbito del pensamiento. ¿Por qué?

El sentido común

EL MUNDO de Descartes está erizado de peligros. La filosofía y la ciencia no escapan aún de la prisión escolástica. La Iglesia romana impera todavía en la mayor parte de Europa. El rebaño humano que huye de su aprisco cae en el de los reformados. Pero estos no son menos intolerantes y dogmáticos. El dogma se duplica. Lutero no admite más herejía ni se explica otra rebeldía que la suya. Cuando los campesinos germanos, que habían creído en la sinceridad de sus incandescentes palabras liberadores, se rebelan contra los señores feudales, Lutero los declara cerdos apestados y clama por su exterminio. Calvino, fanático de sí mismo, quema a Servet porque considera herética su negación del dogma de la trinidad. Roma contra Wittemberg y Ginebra. Dogma contra dogma. Se argumenta invocando las Escrituras y al Estagirita. Biblia contra Biblia, Aristóteles contra Aristóteles: cita contra cita. Pero siempre la autoridad y la palabra del pasado contra la autonomía y el porvenir de la filosofía y la ciencia.

Descartes comienza su **Discurso** dándole la espalda a los doctos, a los libros, a la Escuela. Se dirige a todos los hombres, al buen sentido de cada uno de ellos: **". . .la facultad de juzgar rectamente y distinguir lo verdadero de lo falso, que es propiamen-**

te lo que llamamos buen sentido; sentido común o razón, es naturalmente igual en todos los hombres".[1] Y para que todos los hombres le entiendan escribe en francés, "que es la lengua de mi país, en vez de hacerlo en latín, que es la de mis preceptores, porque espero que los que se sirvan de su pura razón natural juzgarán mejor mis opiniones que los que sólo creen en los libros antiguos".[2] Ese "todos los hombres", traza una línea de separación. Dirigirse a ellos es, indudablemente, desconocer la autoridad de los "doctos". Descartes parece, si no por su origen, sí por su actitud un hombre de aquella clase que por los años mismos de su muerte da ya su primera gran batalla por el dominio del mundo. Es un hidalgo aburguesado. El sentido común al cual apela, es el sentido colectivo de esa clase y los hombres en general, los de esa clase tomados como representación de la humanidad. El buen sentido, la "razón natural", la "luz natural de la razón" son expresiones que, no obstante la medida fraseología de Descartes, tienen una clara intención excluyente y antiautoritaria. La Razón será, siglo y medio después, enseña y ariete en el asalto del pueblo francés al bastión del feudalismo. Ciertamente, la "luz natural de la razón" no es una expresión acuñada por Descartes. No hay duda de que la igualdad espiritual es una idea madre del cristianismo primigenio que proclama que el esclavo tiene un alma igual a la del señor. Pero esta especie de "naturalismo revestido de un ropaje religioso" queda parcialmente sepultado al constituírse la filosofía patrística como puntal y teoría del dogma católico. Ya desde Orígenes son los Doctores de la Iglesia quienes deben discurrir y dictaminar sobre las cuestiones fundamentales de la fé, expuestas por los Evangelios en forma asequible a los simples. Descartes le vuelve la espalda a los doctores y se dirige al vulgo que no sabe de Escuelas ni libros, pero que usa de su "razón natural". Es, sin duda, una actitud

---

(1) Discurso del Método, editorial "Claridad", página 21.

(2) Op. cit., pág. 99.

plena de intención que, no por ser filosófica, sino precisamente por ello, tendría lejanas resonancias políticas. Descartes quiere reducir a un orden racional las ciencias. Los **philosophes** y revolucionarios del XVIII francés tratarán de someter la sociedad y el Estado a leyes científicas, naturales, descubiertas por la razón, por una razón que a ellos les parecía natural y eterna.

Cautela, vía segura

DESCARTES ES hombre esforzado, pero no temerario. El **discurso** lo ilustra. La filosofía, el método de Descartes, se dice comúnmente, es un procedimiento cauteloso. De seguro. Pero esta cautela, que preside toda la existencia de Renato, precisa para avanzar con seguridad. El filósofo ha vivido plenamente dentro de su mundo, lo ha atravesado, lo ha deglutido. El ansia de conocer le aguija desde sus años infantiles. La enseñanza de la escuela jesuita de La Flèche no deja en su ánimo sino "desencanto": "**Todo esto** (la enseñanza escolástica) **me inducía . . .a pensar que no había en el mundo una doctrina capaz de satisfacerme por completo, de darme la certidumbre a que mi espíritu aspiraba**". Cuando se "liberta de la tutela intelectual" de sus preceptores, recusa los textos y se va a leer en "el gran libro del mundo." Toma parte en las guerras que libran los hombres escondiendo sus intereses tras banderas de principios religiosos. Ve pueblos, costumbres, ideas en fermentación y reyerta. Escucha las polémicas interminables de los doctos. Las escuelas se combaten sañudamente. Las ciencias se cultivan junto a las supersticiones. El poder decide en última instancia de la validez de las ideas. La herejía es un crimen y el derecho a ella se resuelve, como dijo alguien, en el derecho a la hoguera. Descartes recorre todos los caminos. El mundo es un caos y él, "hombre que marcha solo en las tinieblas". Debe andar con "lentitud y circunspección." Puede que no avance, pero al menos "evita el peligro de caer." Cada frase, cada palabra en este **Discurso** tiene denso significado biográfico. El hombre pasa a través del mundo estudiando, meditando, desconfiando y cuando vuelve trae ya una

concepción que se detiene a repensar y comprobar. Repasa las ciencias desde las matemáticas a la anatomía. Trabaja, trabaja en su propósito. De pronto, lo abandona. La precaución lo impone. El poder católico no tolera la herejía que él mismo define. Galileo es condenado en Roma. Se le prohibe profesar las doctrinas copernicanas, declaradas, "heréticas y absurdas". Descartes se ocupaba, precisamente, en escribir una "Fábula" o "Tratado del Mundo", una especie de cosmología que reconstruía o recreaba el universo, siguiendo muy de cerca el pensamiento de Copérnico. Iba camino de la "herejía". Son esas las razones de "índole muy delicada" que le aconsejan dejar yacer y no publicar el Tratado. Pero si no revela totalmente el resultado de sus investigaciones, decide, al cabo de cuatro años exponer el método que lo condujo en sus investigaciones, y sirvió "de guía a su razón". Porque sería posible que siguiendo la misma ruta pudiesen otros llegar al hontanar que él había alcanzado y quizás más lejos.

Dudar para comprender

DESCARTES NO renuncia a comprender, no piensa imposible el conocimiento, la inteligencia del mundo. Su método supone y afirma, precisamente, lo contrario. No es que prefiera no errar a no saber. Es que procura no errar para adquirir una mayor certidumbre. Equivocarse es no saber o saber incompleto. El quiere no equivocarse para acercarse seguramente al conocimiento. Su método es una guía confiable. Las reglas basamentales sencillas. La primera es la de **"no admitir como verdadero cosa alguna, que no la reconociese con evidencia como tal; es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y los prejuicios, y no comprender en mis juicios nada más que lo que se presentase tan clara y tan distintamente a mi espíritu que no tuviese ocasión alguna de ponerlo en duda."**(3) ¿De qué duda? De todo lo que han sentado la Escuela y sus autoridades. Descartes no niega explícitamente todo lo que dijeran los "doctos". Pero no lo acepta. Y no aceptar, no recibir como cierta su enseñanza, dudar

(3) Op. cit., pág. 38.

de ella, es una forma cautelosa de negarla. Duda Descartes provisoriamente, para encontrar la certidumbre mediante el ejercicio de su razón. No profesará aquello que otros hayan defendido o dejado de defender, sino lo que "su razón le dice como verdadero". Esta declaración de primacía de la duda ¿no era, acaso, en aquellas horas en que la razón debía someterse a la fé, un acto realmente revolucinario? ¿No envolvía, aunque Descartes se hubiese prevenido de ello, la inevitabilidad de que el hombre sometiese al examen de su razón los artículos y fundamentos de la fé? Y una vez que fuesen hallados falsos ¿no derogaría en la conciencia del hombre la voluntad de creer en ellos? ¿No le es siempre más fácil al hombre creen en el absurdo por ignorancia que aceptar lo absurdo por voluntad de creer? ¿El acto movido por la creencia no es siempre más decidido y firme que la creencia admitida por acción de voluntad? Todo esto iba implícito en la declaración del primado de la duda y el raciocinio. El racionalismo —como todo el sistema de ideas político-sociales que engendró y configuró la lucha contra el feudalismo— llegó en sus consecuencias más allá de los intereses y previsiones de sus genitores.

More Geométrico

LAS REGLAS siguientes del método son igualmente breves y sencillas. Descomponer el problema en sus elementos. Ir de lo simple a lo complejo. Sistematizar. Generalizar. Descartes traslada a las ciencias las reglas de la geometría. Su modelo son "esas largas cadenas de razonamientos, tan sencillos y fáciles, de que se sirven los geómetras para sus demostraciones más difíciles". Geómetra antes que filósofo, físico más que metafísico, instala en las demás ciencias y en la filosofía los procedimientos de la primitiva ciencia de la extensión. Como geómetra se mueve, desde luego, dentro de los límites euclidianos. Todo en esa geometría se encuentra por deducción de unos pocos axiomas fundamentales, que "son la evidencia misma", leyes de validez absoluta y absolutamente legítimas que no necesitan demostración, como dice Hans Reinchenbak. De aquí emergen lógicamente los dos

principios que, ya en las **Reglas para la dirección del espíritu**, formula Descartes como básicas: la intuición y la deducción. La intuición que nos da la evidencia inmediata, "clara", "distinta", impenetrable a la duda. La deducción que nos permite llegar a comprobaciones y conocimientos "mediante el ejercicio de la inteligencia". El mundo cartesiano está reducido a figuras, cuerpos, planos, superficies, ángulos. Todo está situado, localizado, delimitado, como en sistemas de abcisas y coordenadas. Dios mismo, ese Dios cartesiano ni muy firme ni muy omnipotente, queda descantado en su concepción como una pura lineación geométrica: **"volviendo a examinar la idea que yo tenía de un Ser perfecto, encontraba que su existencia estaba comprendida en ella, del mismo modo que en la idea de un triángulo estaba comprendido que sus tres ángulos fueran iguales a dos rectos, o en la de una esfera el que todos sus partes estuvieran igualmente distantes del centro y hasta aún más evidentemente, y que, por consiguiente, es por lo menos tan cierto que Dios, que es ese Ser tan perfecto, es o existe, como una demostración geométrica podía serlo".**(4)

De si a Dios y vuelta

ES METAFISICO, es decir, filósofo Descartes? Más de una frase desdeñosa endilga en sus escritos a la filosofía y los filósofos. En alguna de sus cartas confiesa que la metafísica le causa cansancio. Sólo se mueve placenteramente entre sus figuras y sus máquinas y sus animales disecados. "El gran libro del mundo" merece toda su atención. La "fábula del mundo", "el tratado de la luz" fueron las empresas que suscitaron en su espíritu ese sentimiento de plenitud que anega al hombre cuando crea con su mano y su mente. Sus primeras y más constantes preocupaciones son para las ciencias. La filosofía queda diferida. En el **Discurso** dedica seis escasas páginas a tratar de la existencia de Dios y del alma humana y más del doble a exponer en claro resumen sus concepciones cosmológicas, físicas y anatómicas en las cuales,

(4) Op. cit. pág. 58.

como en el sistema de Laplace, la "hipótesis" de Dios es innecesaria. De las seis **Meditaciones metafísicas** sólo tres tratan de Dios y el alma. Descartes hizo metafísica como a disgusto. Y ello por dictado de su tiempo. Ciencia y filosofía no habían delimitado sus provincias, mediante esa zona mudable de problemas fronterizos, con esa elástica y siempre provisoria línea con que hoy se las separa. Los problemas del ser invadían todas las incipientes especialidades científicas. El investigador los encontraba en el primer plano de sus preocupaciones. Dios estaba siempre a la vista, para decirlo con una metáfora de Ortega y Gasset. Descartes no podría evadirlo. Es un filósofo forzado, como dos siglos después su descendiente Augusto Compte. Y, además, era sumamente peligroso para el científico desentenderse de Dios y no hacer previa profesión de fidelidad a la Iglesia. Descartes le rindió pleitesía.

Pero lo que perdura y vale todavía de su obra no es, ciertamente, su alegato ontológico, en el cual su pensamiento es inseguro, vacilante y reticente. No supo él defenderse eficientemente, entre otras, de las objeciones de Gassendi y Hobbes. Su respuesta fue evasiva y precavida a un tiempo mismo: resonaba en ella un eco de la teoría de las dos verdades. El científico Descartes vislumbra las implicaciones antidogmáticas de la "luz natural de la razón" y le recomienda al creyente Renato dejarla velada a la puerta del templo de la fe. . . La prueba ontológica de Descartes, insinuada ya por Anselmo y Agustín, es sencilla. Descartes encuentra que esta es la primera verdad "firme y segura". **pienso, luego existo.** No es un raciocinio, un resultado lógico, sino una evidencia inquebrantable, un axioma. La meditación, las dudas sobre sí mismo le descubren que él es un ser imperfecto y le llevan a la idea de perfección. Como era imposible que esta idea procediese de sí mismo, de su naturaleza imperfecta, debía proceder de un ser perfecto: ahí está Dios. La existencia de Dios garantiza luego la certidumbre de sus conocimientos porque Dios, ser veraz, no puede permitir que su inteligencia engañada. La inconsistencia del razonamiento ha sido exhibida

incontables veces, incluso por Kant. De la idea de su propia existencia, o más bien, de la existencia de su pensamiento deduce la existencia y veracidad de Dios. Parte de sí a Dios y regresa con una certidumbre que no lo es porque desplaza el problema a otra cuestión no respondida. Descartes se abstuvo en realidad de conducir hasta allá su poderosa mentalidad analítica. Ya algunos contemporáneos suyos le reprocharon que su Dios fuese una simple admisión cómoda, un Dios del cual podría prescindir tan fácilmente como le reconocía.

Su metafísica carece por ello del rigor lógico de su método. Por ella está unido todavía a la Escolástica, no obstante divergencias incidentales y a pesar de la ascendencia platónica de algunas de sus ideas. Su concepto del ser y del pensamiento, su idea de sustancia y su dualismo extremista, su distinción irreductible entre el animal y el hombre, la oposición polar entre sensación y percepción e inteligencia, su teoría del conocimiento, en fin, todo aquello que no le aleja decididamente de la Escolástica, ha sido dejado atrás por tres siglos de labor científica.

Universo, hombre, pensamiento

LOS RESULTADOS más seguros de la investigación científica confluyen hoy en la concepción de un universo único regido por leyes naturales. La existencia, la vida y el pensamiento son una unidad. La materia es lo primario. La vida, una especial organización de la materia, constituída en cierto momento de la evolución del universo. El pensamiento, una función de la materia viviente que se ha ido integrando y complicando, en respuesta a reclamos vitales, a través de la evolución de las especies, de las sociedades y de los individuos. El hombre es sólo el animal más diferenciado o evolucionado de una larga cadena zoológica. Nada en su constitución material le desvincula de los demás animales. El pensamiento mismo no es una distinción. Las funciones mentales se integran a través de una larga evolución que colinda con el tropismo elemental del gusano y asciende hasta las altas operaciones de la abstracción y el análisis en el cerebro hu-

mano. Parte de la materia él mismo, no puede el hombre concebirla y comprenderla mentalmente sino en cuanto ser material. El pensamiento, la idea, sólo es la representación mental del mundo exterior. La idea puede corresponder o no exactamente al objeto representado: de ello decide la experiencia. El hombre conoce el mundo no sólo porque reciba pasivamente las impresiones del objeto, sino también porque actúa sobre él. Obrar es conocer y conocer obrar. La necesidad mueve al hombre a satisfacerla y sólo puede lograrlo a costa de la naturaleza. La naturaleza como objeto es para el hombre necesidad y límite. Para satisfacer la necesidad, para vencer el límite ha de penetrarla, comprenderla, inteligirla. Así se engendra y desarrolla el conocimiento en función de la necesidad, quiere decir, empíricamente. Del conocimiento por la acción pasa el hombre al conocimiento. por la reflexión, a la teorización, y, más tarde, a pensar su propio pensamiento, a la teoría del conocimiento, gnoseología o epistemología. En ello interviene el hecho de que el hombre es un ser social y como tal se enfrenta en cuanto sujeto no sólo a la naturaleza sino a los demás hombres. La conciencia de sí mismo se afirma en él frente a la conciencia que tiene de los demás, de igual modo que la conciencia de la existencia de la naturaleza precisa la conciencia de su propia existencia. En el instante en que el hombre como ser social supo tanto de la naturaleza —y por consiguiente de sí mismo— que ya no esperó de ella pasivamente sus medios de vida, sino que comenzó a producirlos transformando los medios naturales o interviniendo en su producción natural, en ese instante se distinguió el hombre del animal y allí comenzó la historia humana. El medio transforma al animal, el hombre transforma el medio y con ello se transforma a sí mismo. Así responde la ciencia actual las cuestiones metafísicas que Descartes no podía entonces absolver. Es, desde luego, una respuesta que plantea cada vez nuevos problemas que la mente humana resuelve y resolverá progresivamente, ya que existe desconocido, pero no lo incognoscible en un mundo en constante cambio.

DESCARTES ES el primer hombre de ciencia realmente moderno.(5) El principio de la duda precautoria y provisional, y su consecuencia, la necesidad de la reflexión personal y la propia comprobación, son los antecedentes del método científico contemporáneo. Pero si el rigor metódico que aconsejó es eficaz todavía hoy más permanente y actual es la lección humana del **Discurso.** La declaratoria de la primacía de la duda como condición del saber, tuvo entonces claro sentido e indudable efecto liberador. Contribuyó a emancipar a los hombres de la tutela de una autoridad que había dejado de serlo porque tenía origen y fundamento en una etapa superada del proceso de la humanidad. La reivindicación de la luz natural de la razón y del sentido común —aunque luego se identificase demasiado con la razón natural y el sentido común de una clase, la burguesía— era una enseña y un grito de combate contra el dominio de quienes defendían los privilegios de su posición mediante el privilegio de la sabiduría, o como diríamos hoy, el privilegio de la cultura. Enseñando a examinar el mundo de la extensión a la luz de la razón abrió camino a los que después escrutaron con su razón el mundo del hombre —la sociedad, el estado— y combatieron por irracional el sistema político-social que les circuía como una prisión. Su voz vuelve hoy, tres siglos después del **Discurso,** a ser actual, una vez exonerada de sus resonancias teológicas. Como dice Castellio, antecesor de Descartes, en la cita con que inicia su biografía Stefan Zweig: "**La posteridad no podrá comprender jamás que de nuevo hayamos tenido que vivir en tan densas tinieblas después de haberse hecho ya la luz**". Pugna por imponerse una nueva Edad Media que como toda copia, será falsificación de la otra. Tiene gestores poderosos e ideólogos sutiles. Pretenden unos y otros someter de nuevo y para siempre a los hombres al

(5) Obligado parece recordar aquí a Francis Bacon. Lamentamos que los límites sumamente estrechos de este breve ensayo nos impidan extendernos en una adecuada consideración de las analogías y diferencias entre estos dos sabios.

arbitrio de una autoridad intangible y entrabarlos dentro de una jerarquía impuesta desde arriba. Pretenden condenar la crítica como herejía y castigar la herejía con la muerte. Desean restablecer la primacía de la fe sobre la razón y reducir la ciencia a un artificio pueril, incapaz de darnos certidumbre sobre el mundo. Intentan enclaustrar, circunscribir la ciencia dentro de límites minoritarios para prevenir toda posibilidad de que, en contacto con la vida, quiera llevar su análisis hasta los fundamentos de una sociedad escindida y caótica y se convierta al ser asimilada por el hombre común –declarado por ellos sujeto irracional– en fuerza de liberación y reordenación del mundo. El principio de la duda sigue, pues, a la orden del día. Sólo ha de creer y combatir el hombre por aquello que su raciocinio le señale como verdadero, es decir, como coincidente con las necesidades del progreso ulterior de la humanidad. El hombre necesita una fe. Pero tiene el derecho a poner su fé sólo donde se lo indique su razón –la razón de esas necesidades– y el deber de llevar su pasión a donde está su fe terrenal y razonante.

JUNIO, 1938.

– Ensayos Varios –.

LA GRAMATICA Y SUS LIMITACIONES

Por BALTASAR ISAZA CALDERON

1. **Una definición y sus consecuencias.**—La enseñanza del lenguaje, sobre todo en los grados elementales, tropieza con un grave escollo, que procuran sortear de maneras a veces pintorescas los encargados de trasmitirla, acudiendo a expedientes pedagógicos que parten todos de una premisa bien conocida: la gramática es una asignatura de asimilación difícil para los alumnos e importa cambiarle su exterior poco amable con el fin de hacerla manjar más grato al apetito estudiantil.

En casi todos los manuales destinados a la enseñanza circula, con ligeros retoques a gusto del autor, la siguiente definición: "Gramática es el arte de hablar y escribir correctamente". Por supuesto, los que así proceden nada añaden de sustancial a un concepto cuya procedencia es muy antigua y que se trasmite como patrimonio común a quienes, pretendiendo escribir textos, se preocupan menos de la verdad científica de sus afirmaciones que de la utilidad económica que puedan obtener en el mercado escolar.(1)

(1) Hago una salvedad respecto al texto Ejercicios de Lenguaje y Gramática Elemental,

la vida misma como savia intelectual pronta a servir allí donde el problema del momento hinque la urgencia de una respuesta salvadora.

2. **Origen y trayectoria de la hegemonía gramatical.**—No es de justicia cargar sobre los preceptistas de ayer o de hoy la responsabilidad de haber encauzado en moldes tan rígidos los estudios que atañen a la lengua. Hay que buscar muy atrás la causa generadora de todo el proceso que ahora nos ocupa. Se trata de sorprender a los humanistas del Renacimiento en el primer intento de construir una ciencia del idioma romance, basada en la técnica empleada para la gramática latina.

Hay por entonces una curiosa pugna entre **lengua culta y vulgar**, que reserva al latín el privilegio de constituír el único instrumento de expresión refinada para la ciencia o el arte; de modo que ninguna obra con pretensiones podía ser escrita en otro idioma que el usado por los clásicos latinos, modelos indiscutibles de buen decir. Las lenguas romances, derivadas de aquél, eran, en cambio, medio de expresión de gente zafia, sin ninguna cultura, que no había barruntado, por falta de estudio, las delicias y delicadezas inherentes a los grandes maestros latinos.

Existe, sin embargo, el empeño de dignificar el romance, por parte de algunos escritores distinguidos, más o menos conscientes de la necesidad de proporcionarse un idioma literario de propia raigambre; creyendo, por lo demás, que, a fuerza de cultivo, conseguirán equipararlo al modelo clásico y hacerlo apto para cualquier empresa de cultura estética. De aquí deriva la idea de adaptar al castellano y a otros dialectos hermanos los cánones gramaticales establecidos para el latín, con la mira de ajustar a normas aceptadas por todos la corriente lingüística, en proceso de crecimiento, que representaban los romances europeos. Nace así la primera gramática en lengua española, publicada por Antonio de Nebrija en 1492, que señala el momento interesantísimo en que el hombre de Europa inicia el divorcio con la lengua madre y se dispone a crearse un instrumento de pensar alejado de tutelas extrañas.

Si tal es la primera tarea consciente encaminada a facilitar

el conocimiento del romance castellano, la consecuencia no se hace esperar: la gramática constituye desde entonces el método indicado para entrar en contacto con los problemas lingüísticos y adquirir el dominio del idioma.

Un segundo momento en el afianzamiento de esta tradición está representado por la **Gramática general y razonada** que publican en Francia los jansenistas que forman la escuela de Port Royal (1660). Ella es el fruto de una particular concepción según la cual se da por aceptada la existencia de una relación estrecha entre las leyes del pensamiento y las del lenguaje; de suerte que si es una misma la lógica de que se sirven los hombres para expresar sus ideas, ha de ser también válido el reconocimiento de una sola gramática para regular los fenómenos lingüísticos. Con lo cual quedan suprimidas las divergencias entre la estructura de unos y otros idiomas y se establece la peregrina teoría de que con aprender la **gramática general** se adquiere una técnica que hace innecesario el estudio especial de cada lengua, ya que todas obedecen a principios comunes.

La rectificación esencial de este sistema no la encontramos, al menos por lo que respecta al castellano, sino en el siglo pasado, con la magnífica labor que don Andrés Bello realiza en el campo de la filología. En el prólogo de su obra fundamental (1847) define con toda claridad su posición y afirma que "cada lengua tiene su teoría particular, su gramática". Sus esfuerzos se dirigieron concienzudamente a la tarea de liberar el idioma castellano del yugo de la gramática general y de la nomenclatura latina, con un afán renovador apoyado en sólidas y pacientes investigaciones. Pudo así escribir la mejor obra sobre el español hasta entonces conocida y legar a la posteridad una fuente de admirable información, sujeta, claro está, a las transformaciones implicadas en los nuevos avances de la ciencia filológica.

Pero Bello tampoco pudo sustraerse del todo al imperio de la tradición. Compuso su **Gramática** con el laudable propósito de proporcionar a los americanos de habla española una guía que les preservase de caer en la desorientación idiomática, presintiendo que el castellano sufriría con el tiempo una desintegración en

nuestros países, si continuaban sometidos a la anarquía lingüística que reinaba en su tiempo. Su **Gramática** contuvo, es justo reconocerlo, la corriente disgregadora; mas llegó a convertirse en código inflexible, merced al prestigio singular que su autor conquistó en el mundo hispánico; y la enseñanza se introdujo poco a poco en el cauce de la **venerable rutina** que tanto combatió el propio Bello, reduciendo sus proporciones a la vigencia invariable de los cánones gramaticales.

3. **La Gramática no es "arte de hablar y escribir correctamente".**—En todas las gramáticas elaboradas según los moldes tradicionales, se viene repitiendo la definición anteriormente citada sin crítica de ningún género. Hoy no puede aceptarse, a la luz de la ciencia del lenguaje, una afirmación semejante.

En primer lugar, la gramática no es un arte. Bajo esta palabra arte debe comprenderse un conjunto de reglas o principios para hacer bien una cosa. Por ejemplo: mediante el aprendizaje cuidadoso de las reglas relativas a la encuadernación, una persona puede adiestrarse en el arte de encuadernar libros. Ello supone, como es natural, la enseñanza impartida por un técnico en la materia, y luego el aprovechamiento del alumno mediante una larga práctica.

No podemos afirmar lo mismo respecto de la gramática y del idioma. El lenguaje no es algo que se encuentra aislado de la gramática de tal modo que una persona pueda llegar a hablar con prescindencia de ella, y viceversa, la gramática no es algo tan separado del idioma que se pueda pretender estudiarla antes para luego escribir y hablar correctamente.

El error de tal definición consiste en suponer que no hablan gramaticalmente ni escriben su lengua con atención a las reglas de la gramática quienes, no habiéndola estudiado previamente, hablan o escriben con mayor o menor corrección. Esto es una fuente de graves errores cuyas consecuencias se palpan fácilmente desde el momento en que la gramática llega a convertirse, por decirlo así, en una especie de código inflexible o camisa de fuerza dentro de la cual ha de introducirse necesariamente toda persona que pretenda conocer su propio idioma.

Para decir verdad, no existe el idioma porque exista la gramática, sino que esta última se ha elaborado, en rigor, porque aquél estaba ya previamente formado. En este sentido se puede decir que la gramática no viene a ser en el fondo otra cosa que un conjunto de leyes y principios relativos a una lengua determinada, que fueron estructurados mediante una observación atenta de las normas que inconscientemente observa todo individuo que habla con alguna propiedad su propio idioma. Esto quiere decir que la gramática existe ya implícitamente en todo lenguaje que ha llegado a la plenitud de su desarrollo y tiene monumentos escritos que reflejan cumplidamente el grado de evolución obtenido. Según ésto, toda persona que vive en un medio social más o menos culto sabe hablar su lengua con bastante corrección, no tanto por saber gramática sino por el hecho simple de la convivencia con hombres que conocen y hablan bien la lengua materna.

De conformidad con lo ya expuesto podemos afirmar que el lenguaje es un fenómeno de **contagio social**, mediante el cual todas las personas que viven dentro de una comunidad idiomática aprenden, hablan y escriben la lengua que les sirve de instrumento de expresión, sin necesidad de someterse a un estudio riguroso de la gramática.

Esta posesión o dominio de la propia lengua da a todo individuo que la hable una habilidad especial para percibir cuándo se pronuncia correcta o incorrectamente, para advertir la condición de extranjero de una persona que pretende servirse de una lengua nueva, no siendo la suya propia. Es fácil comprobar este hecho si nos representamos por ejemplo, el caso de los norteamericanos y jamaicanos que intentan hablar el español. Cualquiera persona que tenga este último como lengua materna puede sin dificultad advertir los errores de pronunciación que cometen, sin que ello suponga un dominio perfecto de la gramática que le permita hacer tales correcciones. Una sensibilidad lingüística suficientemente desarrollada le capacita, eso sí, para, en un momento dado, distinguir entre sus conterráneos y los extranjeros que desconocen su lengua vernácula.

¿Cuál es, entonces, la función de la gramática en el estudio del idioma?

De una manera general puede decirse que la **gramática convierte en consciente el dominio inconsciente de la lengua materna.**

Con el pensamiento anterior queda reducida a sus justos límites la función que tiene la gramática en el estudio del idioma. No se trata de un arte de escribir y hablar correctamente. Con las objeciones formuladas antes queda destruída tal presunción. En realidad el estudio de la gramática nos sirve para adquirir un dominio más completo de los fenómenos propios del lenguaje; es decir, al conocimiento que todos tenemos de nuestra lengua por el hecho de hablarla desde la infancia, se une después la técnica necesaria para discriminar sobre las correcciones idiomáticas.

Los grandes escritores casi nunca son grandes gramáticos. Ellos tienen una capacidad prodigiosa para expresar en la forma, más elegante y correcta sus propios pensamientos; pero este dominio de la lengua no implica necesariamente estudio pormenorizado de leyes gramaticales. El idioma fluye espontáneamente de la pluma de un escritor excelente, del mismo modo que el agua de un surtidor vierte constantemente su influencia bienhechora sobre el pequeño mundo que la rodea. Un artista del idioma cumple, no obstante, una función más noble y duradera, que consiste en crear modelos de buena literatura en cuyo estudio y deleite puedan educarse las generaciones del porvenir. Por ello es tan indispensable que quienes pretendan conocer y manejar su lengua con alguna destreza, se acerquen devotamente a los grandes surtidores, que son en todo momento una fuente fecunda de inspiración y belleza artística.

4. **La gramática como ciencia histórica del idioma.**—No ya en su carácter funcional de técnica para el aprendizaje sino en el proceso de su elaboración, la Gramática se ajusta a los paradigmas del método inductivo.

Limita su objeto a los hechos del lenguaje ya encuadrados dentro de una tradición que les asegura una relativa estabilidad y procede luego al examen comparativo que reune los casos similares y establece las reglas correspondientes.

Ante la necesidad de construir sobre una realidad idiomática no susceptible de variaciones radicales, restringe su campo de operaciones a los modelos literarios de mayor aceptación, que analiza cuidadosamente y proclama como las fuentes más autorizadas del buen decir. Es, por tanto, una ciencia histórica, con base documental, que se apoya en la parte estática del idioma y rehuye toda aventura que adopte como punto de arranque la superficie insegura del habla cotidiana.

De aquí el carácter eminentemente conservador que suele distinguirla. Frente a toda corriente innovadora, es una valla de contención que impide las precipitaciones. La lengua culta viene a ser entonces aquella cuyos cánones están definitivamente consagrados en el cuerpo de la gramática. Por tal razón esta última viene a constituir la más firme garantía de estabilidad contra la condición cambiante de los dialectalismos.

Más la circunstancia anotada nos revela una característica de singular importancia en el idioma, que delimita con toda claridad dos realidades bien diferenciadas: de una parte se nos ofrece el dominio de la gramática, que opera sobre el lenguaje histórico, circunscrito a las producciones de los buenos escritores y no susceptible, por tanto, de ulteriores rectificaciones; de otra parte, la lengua viva, de extraordinaria movibilidad, que no está divorciada de la literaria pero rehuye sometérsele pasivamente, porque su fuente generadora reside en el dinamismo de la vida, que como el agua en perpetuo correr, es diversa a cada instante.

Todo el movimiento renovador que desde el siglo pasado viene actuando sobre la ciencia del lenguaje, encuentra su más firme base en la dualidad anotada, cuya decisiva importancia ha determinado la formación de una disciplina especial que con el nombre de **Lingüística** opera sobre ese aspecto del idioma que representa la corriente vital, en pleno desenvolvimieto, no sujeta a la rigidez de los esquemas gramaticales. Las clases populares, con escasa o ninguna cultura, hablan conformándose en lo esencial a la estructura sintáctica del lenguaje culto, mas gozan de un amplio margen para introducir términos y expresiones de libre invención que, aún cuando contravienen las normas establecidas, sirven al lin-

güista como interesante material de investigación para determinar los principios que rigen las transformaciones idiomáticas.

5. **Lo individual y afectivo en el lenguaje.**—¿Nos es dable penetrar, con el arma de la gramática, en el secreto espiritual de los grandes escritores? Con el análisis externo de sus giros, que nos permite comprobar si coinciden con los paradigmas gramaticales, ¿lograremos introducirnos en el mundo estético donde se mueve, como en casa propia, el artista ante cuya obra nos colocamos en ademán admirativo?

No puede la gramática, en verdad, aspirar a cubrir bajo su alero el vasto panorama que abarca el lenguaje de un escritor. En otras palabras, con el conocimiento de aquélla no acertamos a percibir el verdadero dominio del idioma que cabe en el arte de un buen literato. Ello se explica porque la gramática restringe su función a codificar las características que son comunes a los distintos cultivadores del lenguaje escrito; de suerte que, como la afinidad reside únicamente en las leyes que rigen las combinaciones sintácticas, tan pronto se traspasa el límite externo que separa la incorrección del acierto desde el punto de vista gramatical, se entra en predio vedado a quien sólo entiende de reglas y clasificaciones más o menos convencionales.

Como aquello que distingue y singulariza a un buen escritor es su estilo, es decir, justamente la causa que le impide identificarse con otros artistas de la lengua, la gramática, que busca regularidad y acoplamiento a normas generales, se encuentra imposibilitada para valorar críticamente la individualidad literaria.

Esta dificultad nos coloca ante una grave sospecha: que el lenguaje presenta una vertiente rebelde al tratamiento objetivo de la gramática y que con ser un instrumento de uso común tiene una raíz hincada profundamente en el alma de cada hombre que niega el derecho a ser confundida en apreciaciones de valor colectivo.

En último término, la palabra humana obedece a un imperativo de sensibilidad. Brota de los labios con una carga afectiva que le proporciona suavidades de caricia o mordacidad de dardo emponzoñado; adopta la solemnidad del tono doctoral o se hace

humilde en boca del menesteroso; envuelve la conminación de la orden severa o se ablanda hasta el fervor de la súplica; busca la curva ondulante de la interrogación o se dispara rápidamente en el acento admirativo; se tuerce para expresar la inquietud de la duda o muestra la serena majestad de la certidumbre.

Cada hombre la ejercita según la modalidad peculiar de su temperamento y está sujeta a variaciones en virtud de los diferentes estados emocionales que requieran expresión hablada. Hay, por tanto, una amplia zona del lenguaje que escapa a las reglamentaciones más cuidadosas, que repele el rigor de un análisis previo y tiene como carácter distintivo la espontaneidad individual. Por lo cual la gramática, que es técnica de razonamiento y abstracción, que persigue las características comunes para establecer principios de aplicación uniforme, encuentra considerablemente limitada su esfera de acción y no llega a explicarnos el contenido íntimo de ese mensaje que el alma trasmite a través de las palabras.

Panamá, 27 de abril de 1938.

— "Universidad, No. 15, de noviembre de 1939 —.